

LA BANDERA VERDE

HISTORIAS DE
GUERRA Y DE AMOR



A. CONAN DOYLE

La presente edición digital reproduce la recopilación de relatos publicada por *La Novela Ilustrada* con el título de *La Bandera Verde - Historias de Guerra y de Amor*. Debe precisarse que esta edición española de principios del siglo XX se basó a su vez en las recopilaciones publicadas en 1900 por **Smith, Elder & Co. y George Bell & Sons**, entre otros, con el título de *The Green Flag and Other Stories of War and Sport* (*La Bandera Verde y Otras Historias de Guerra y Deporte*). Ahora bien, las ediciones inglesas contaron con cinco relatos más que la española, que puede considerarse una versión reducida de aquéllas. Los relatos omitidos en *La Novela Ilustrada* son: *The Crime of the Brigadier*; *The Croxley Master*; *The Lord of Château Noir*; *The Striped Chest* y *A Foreign Office Romance*.

LA BANDERA VERDE

Historias de Guerra y de Amor



SUMARIO

La bandera verde - Historias de Guerra y de Amor
The Green Flag and Other Stories of War and Sport
Smith, Elder & Co.; George Bell & Sons y McClure, Phillips & Co., marzo de 1900

LA BANDERA VERDE

—*The Green Flag*

The Pall Mall Magazine, junio de 1893

EL CAPITÁN SHARKEY

I. DE CÓMO EL GOBERNADOR DE SAN KITTTS VOLVIÓ A SU TIERRA

—*How The Governor of St. Kitt's Came Home*

Pearson's Magazine, enero de 1897

II. LAS HAZAÑAS DEL CAPITÁN SHARKEY CON ESTEBAN CRADDOCK

—*The Dealings of Captain Sharkey with Stephen Craddock*

Pearson's Magazine, marzo de 1897

III. DE CÓMO COPLEY BANKS MATÓ AL CAPITÁN SHARKEY

—*How Copley Banks Slew Captain Sharkey*

Pearson's Magazine, mayo de 1897

LA NUEVA CATACUMBA

—*The New Catacomb*

Sunlight Year Book, mayo de 1898

EL REY DE LOS ZORROS

—*The King of the Foxes*

The Windsor Magazine, julio de 1898

LA PRIMERA PROEZA DE HILARIO JOYCE

—*The Debut of Bimbashi Joyce*

The Punch, enero de 1900

LA SEÑAL PRECURSORA

—*A Shadow Before*

The Windsor Magazine, diciembre de 1898

EL «SLAPPING-SAL»

—*The Slapping Sal*

The Sunday Inter Ocean, Chicago, julio de 1893

LOS TRES CORRESPONSALES

—*The Three Correspondents*

LA BANDERA VERDE

CUANDO JACK Conolly, de la brigada de fusileros irlandeses, terror de las colinas de Irlanda, jefe atendido de la extrema izquierda de la «Land League», fue muerto bruscamente por un tiro disparado por el sargento Murdoch, del cuerpo de constables, en una correría nocturna cerca de Kantuck, su hermano gemelo Dennis alistó en el ejército inglés. Corría muchos peligros en el país, y como no poseía los 75 chelines necesarios para marcharse a América, eligió el único medio práctico de expatriarse.

Pocos reclutas que dieran menos esperanzas habría tenido S.M., porque su sangre de viejo celta ardía en odio contra Inglaterra y contra cuanto a los ingleses concernía. Sin embargo, el sargento con el cual se alistó sonrió complacido al contemplar su cuerpo robusto y sus anchos hombros, y lo envió con otros doce al depósito de Fermoy, desde donde a las pocas semanas fue expedido con sus compañeros al primer batallón de Royal Malloys, destinado a servir en el extranjero.

Gente muy extraña componía entonces el batallón. Se estaba en las peores horas de las luchas agrarias en Irlanda, donde durante el día máquinas de guerra destruían las casas de los colonos y de noche daban vueltas éstos, enmascarados, con sus fusiles viejos en la mano. Los hombres arrancados por la violencia a sus casas y campos, no tenían más medios de existencia que alistarse al servicio de un gobierno al cual consideraban causante de su ruina, y entre ellos solía haber gente que tenía faltas pasadas que echar-

se en cara. Entre los reclutas de los regimientos de Irlanda, muchos no contestaban al pasar lista, porque no recordaban sus propios nombres. El batallón de Royal Malloys tenía muchos soldados de esta clase, y aunque tenían fama de formar uno de los cuerpos más valerosos del ejército, sus oficiales estaban muy enterados de que rodeaban la bandera elegida, con cierto espíritu oculto de traición.

La compañía C era la que tenía más hombres animados de tales sentimientos y precisamente a ella fue destinado Dennis Conolly.

Casi todos los hombres de la compañía eran celtas y católicos; todos, hasta el último, pertenecían a la clase de colonos. Su experiencia del gobierno británico se limitaba al conocimiento de su inexorable propietario y de los constables, dispuestos siempre a auxiliar al recaudador de contribuciones. No era Dennis el único de aquellos «outlaws» nocturnos en las filas de la tropa, ni tampoco el único que sintiera rugir en su corazón el amargo recuerdo de la sangre vertida durante aquellas luchas intestinas, en las cuales la crueldad había engendrado la ferocidad. Los propietarios, abrumados bajo el peso de las hipotecas, no se apiadaban de sus arrendatarios y aplicaban la ley con todo rigor; pero para hombres como Jim Holan, Patrick Mac Quire y Peter Flynn, que habían visto arrancar la techumbre de sus chozas y echar a la calle a su familia y sus muebles, no era posible considerar la ley como una abstracción. No es de extrañar que en lucha tan larga y terrible cometieran los colonos violencias numerosas, y los propietarios abusos no menos graves. Un hombre herido no siente más que su propio dolor. Las filas de la compañía C del Royal Malloys se componían, pues, de hombres de corazón dolorido y feroz. En las cantinas y cuadras se oían murmullos; las salas de las posadas servían para reuniones frecuentes; de boca en boca circulaban el santo y seña y los signos convencionales, de modo que los oficiales se alegraron mucho cuan-

do llegó la orden de marcha al extranjero, y a mayor abundamiento, para servicio activo.

Los regimientos de Irlanda, compuestos de descontentos, consideraban muchas veces desde lejos a los enemigos del pueblo inglés como verdaderos amigos; pero cuando llegaba la hora del combate, cuando sus oficiales se adelantaban dando gritos de guerra, aquellos corazones rebeldes se sentían arrastrados, su sangre celta valiente y noble hervía en la embriaguez del combate, hasta el punto de que los regimientos ingleses, más fríos, se asombraban de haber podido dudar un momento de la lealtad de sus compañeros irlandeses. Suponían los oficiales que lo mismo ocurriría aquella vez, pero no opinaban así Dennis Conolly y algunos de sus compañeros, como pudieran evitarlo.

Era una mañana del mes de Marzo, en los confines orientales del desierto de Nubia. Todavía no había salido el sol, pero una nube brillante empezaba a colorear el cielo hasta el cénit y en el horizonte se extendía una ancha faja de mar, como una cinta de color de rosa. Desde la ribera se extendía una inmensa llanura de arena, moteada a trechos de bosquecillos de mimosas y de malezas. Ningún árbol rompía la monotonía de la inmensidad del desierto. Las tintas polvorientas y sombrías de aquellas malezas y el amarillo deslumbrador del arenal eran los únicos colores perceptibles para la vista, excepto sobre un punto en lontananza, donde se columbraba un hacinamiento de piedras blancas encima de un montecillo. Pero si un viajero se le hubiera acercado habría visto con terror que no era un montón de piedras, sino de huesos blanqueados, de una columna destrozada. Con sus tintas sombrías, sus malezas llenas de animales venenosos, su aridez y aquel rastro de mortandad en la llanura, aquel país era para dar pesadillas a cualquiera.

A ocho o diez millas tierra adentro la llanura ondulaba en una colina mejor dibujada y terminada con peñascos de basalto rojo que se dirigían en zigzag de Norte a Sur, coronados por un cerro fantástico. En la cima, aquella mañana

de Marzo, había tres jefes árabes: el jeque Kadra de los hadendowas, Mussa-Wad-Aburhagel, el jefe de los derviches bereberes y Hamid-Wad-Hussein, que había venido del Norte con sus hombres del país de los baggaras. Los tres acababan de levantarse de sus alfombras de oración, y miraban a lo lejos (con su rostro de nariz aguileña, de mirada feroz) el horizonte, iluminado por las primeras claridades de la aurora.

El globo rojo del sol se levantaba lentamente por encima de la mar lejana, y la costa resaltaba, dorada, sobre el azul oscuro de las olas. Distinguíase a lo lejos un grupo de casas de muros blanqueados que formaba como una mancha en el paisaje, mientras en el horizonte, cuatro buques, que por la distancia parecían juguetes de niño, señalaban el sitio de tres acorazados ingleses y del navío almirante. Pero los jefes árabes no dirigían sus miradas a aquella población lejana ni a aquellos buques inmensos, ni a las osamentas que debajo de la cima brillaban. A dos millas del lugar en que estaban, en medio de las ondulaciones del arenal y de los bosquecillos de mimosas, había un vasto paralelogramo dibujado por malezas cortadas. Desde el interior, media docena de humaredas azules subían suavemente por la atmósfera tranquila de la mañana, mientras se distinguía el murmullo confuso y profundo de voces de hombres y los gruñidos de los camellos, que a causa de la distancia se podrían haber tomado por zumbidos de insectos.

—Los infieles han cocido la comida de la mañana —dijo el jeque de los baggaras, protegiendo sus ojos del resplandor del sol con su mano morena y musculosa—. Realmente han dormido poco, porque Hamid y un centenar de sus hombres no han dejado de disparar desde que salió la luna.

—Lo mismo ocurría con sus antecesores en esta guerra —respondió Kadra señalando con la vaina de su sable el antiguo campo de batalla—. También ellos habían pasado un día sin beber y una noche sin descansar, y sus corazones

se habían apagado antes que los hijos del Profeta les miraran a los ojos. Esta espada bebió mucha sangre aquel día y la volverá a beber antes de que sol haya acabado su carrera desde el mar hasta la colina.

—Y sin embargo, éstos son otros hombres —observó el derviche de los bereberes—. Ya sé que Alá ha puesto su suerte en nuestras manos, pero quizá éstos, con sus enormes sombreros, se resistan más que los hombres malditos de Egipto.

—¡Roguemos a Alá que así sea! —gritó el feroz baggara relampagueándole los negros ojos—. No he traído 700 hombres desde el río al litoral para cazar mujeres. Mirad, hermanos, ya empiezan a desplegarse.

Oyose trompetería en el campamento, e inmediatamente la cerca de malezas fue echada abajo y pisoteada, y la pequeña columna empezó a avanzar lentamente por la llanura. Después de haber salido completamente del campamento, se paró, y el fuego del sol hizo resplandecer las bayonetas y las culatas de los fusiles. Formáronse las filas, y los grandes cascos de médula de saúco se tocaron de tal modo, que daban la impresión de una inmensa cinta blanca. Dos fajas de color de escarlata brillaban en ambos flancos de la columna y resaltaban sobre los uniformes de kaki de los soldados, confundiéndose con el color monótono de la arena del desierto. En medio de la tropa iba encerrada una masa densa de camellos y muchos portadores de bagajes, provisiones y material de ambulancias.

A derecha e izquierda de las tropas de a pie caracoleaban dos grupos de caballería, y delante una línea flotante de infantería montada avanzaba lentamente por la llanura llena de malezas, deteniéndose en cada eminencia del terreno, examinándolo todo en derredor con circunspección, como quien ha de abrirse camino entre las osamentas de aquellos que les han precedido.

Los tres jefes seguían en el cerro mirando con ojos sedientos de sangre y labios apretados aquella mancha de

acero que se les acercaba.

—Se despliegan con más lentitud que los hombres de Egipto —gruñó entre su barba negra el jeque de los hadendowas.

—Puede que retrocedan más lentamente también, hermano —murmuró el derviche—. Y sin embargo, no son muchos... lo más tres mil.

—Y nosotros somos 10.000, con la mano del Profeta que sostiene nuestras espadas y con sus palabras inscritas en nuestras banderas. Mirad al jefe, que se inclina hacia la derecha y nos contempla con esos cristales que acercan los objetos. Puede que vea esto.

Y el árabe empezó a agitar su sable hacia el grupito de jinetes que se había destacado en la columna.

—¡Mirad, mirad! —clamó el derviche—, hace señales. Y mirad allá abajo en aquel rincón a aquellos hombres que se inclinan para levantar una cureña. ¡Ah! ¡Por el Profeta! Ya sabía yo que era así.

Al acabar de decirlo, una nube de humo se elevó en un ángulo del cuadrado y una bomba de siete libras estalló por encima de sus cabezas, con metálico estruendo. Los cascos rompieron a su alrededor las rocas rojas.

—¡Bismillah! —exclamó el hadendowa—, si su cañón alcanza hasta aquí, el nuestro sabrá contestarle. A caballo en seguida. Mussa, dirígete a la izquierda y di a Ben-Alí que les corte la piel a los egipcios si no logran apuntar bien y alcanzarles. Tú, Hamid, echa por la derecha y manda colocar tres mil hombres en el barranco que hemos designado. Toquen los demás el tambor y saquen la bandera del Profeta, que, ¡por la piedra negra de Mahoma! las lanzas de nuestros hombres habrán bebido antes de erguirse de nuevo hacia el cielo.

Por la cima de las colinas rojas se extendía una larga meseta aislada, cubierta de cantos rodados. Bajaba con rápida pendiente hacia la llanura, excepto en un sitio que la separaba de ésta con un barranco, disimulado por bancos

de arena y malezas de color verde pálido. Resguardadas por aquella posición estaban ocultas las tropas árabes; multitud abigarrada, compuesta de tribus del desierto, de feroces bandidos del interior dedicados a la trata de negros, de derviches salvajes del alto Nilo, reunidos todos con el mismo fin, por su valor y su fanatismo comunes.

Había allí dos razas bien distintas, tan separadas como los dos polos: el árabe de labios delgados y pelo tieso, y el negro de labios gordos y melena crespa, y sin embargo, la fe en el Islam los había unido entre sí más de lo que lo hubiera hecho la ley de sangre. Sentados en medio de las rocas o echados a la sombra, miraban con curiosidad a la columna, que se desplegaba lentamente a su vista, mientras las mujeres, con odres llenos de agua y sacos de «dhoora» iban de grupo en grupo, recitando a unos y a otros los versículos de guerra del Corán, que en los momentos de batalla embriagan a los verdaderos creyentes más que el vino. Unas veinte banderas ondeaban sobre aquella muchedumbre harapienta, cuyos ojos brillaban de valor. Montados en caballos del desierto o en camellos blancos de Bishara estaban los emires o jeques que habían de guiarlos a la victoria contra los infieles.

Cuando el jeque Kadra cabalgó y sacó el sable, se alzaron grandes gritos mezclados con el ruido y tintineo de las armas, mientras los tambores hacían sonar redobles semejantes al mugir de las olas en la playa. En un santiamén se cubrió el cerro de diez mil hombres que blandían las armas y golpeaban impacientes el suelo con los pies. Un momento después estaban ocultos a todas las miradas, aguardando con calma y silencio las órdenes de sus jefes. La columna, formada en cuadro, se encontraba entonces a media milla escasa de distancia; las bombas de siete libras se sucedían rápidamente y estallaban por encima de los árabes. De pronto, a la derecha de éstos, se oyeron detonaciones formidables: eran los cañones Krupp egipcios que entraban en acción. La mirada de águila de Kadra notó que los pro-

yectiles iban a parar más allá del blanco. Picó espuelas y se dirigió hacia un grupo de jefes montados, colocados cerca de los dos cañones, cuyos artilleros eran cautivos recientes.

—¿Qué es esto, Ben-Alí? —gritó—. No apuntaban así esos perros cuando peleaban con sus amigos.

Un momento después, uno de los jefes hacía retroceder su caballo, envainando el sable que chorreaba sangre.

En el suelo, y a su lado, yacían los artilleros egipcios degollados.

—¿Quién apuntará el cañón ahora? —preguntó el feroz jefe mirando de frente a los artilleros aterrados—. ¡Vamos, de prisa, hijo maldito de Satanás; apunta bien, o cuidado con el pellejo!

Fuera por suerte o por habilidad, las granadas tercera y cuarta estallaron precisamente encima del cuadro. El jeque Kadra se sonrió terriblemente y salió a escape hacia la izquierda, donde se veía bajar hacia el barranco a una tropa de hombres con lanzas. Cuando los alcanzaba oyose por la llanura hondo rugido semejante al de alguna fiera, y varios árabes cayeron revueltos, alcanzados por el alud de plomo de un cañón Gardner. Sus compañeros pasaron por encima de ellos y continuó la bajada al barranco. Inmediatamente estalló en toda la cresta nutrido tiroteo de Remington.

El cuadro seguía avanzando poco a poco, escalando los montecillos de arena, deteniéndose cada tres o cuatro minutos para volverse a formar. Seguro de que el enemigo no había ocultado tropa alguna entre las malezas, el jefe le hizo cambiar de dirección y seguir una línea paralela a la posición de los árabes. Ésta era harto escarpada para permitir un ataque de frente, pero el general tenía la esperanza de poderle dar la vuelta si lograba adelantar bastante hacia la derecha. En la cima de aquellas colinas rojizas, entreveía para sí en el porvenir un título de «baronnet» y un respetable aumento de su paga de retiro; esperaba ganar aquel día honra y provecho. El fuego de los Remington era muy molesto, así como los dos cañones Krupp que poseía el

enemigo, y ya veía que sus camillas de campaña estaban llenas de heridos. Pero creía más hábil no romper el fuego hasta que hubiera un blanco más fácil para apuntar que aquellos centenares de cabezas crespas que lo contemplaban desde lo alto de la posición enemiga.

Era un hombre robustísimo, de tez colorada, gran jugador de «whist», soldado muy conocedor de su oficio. Sus hombres tenían en él confianza completa, y él hacía muy bien en confiar en ellos, pues eran en todos conceptos tropa escogida. Partidario convencido del servicio de corta duración, siempre cuidaba de utilizar sobre todo batallones de veteranos, y la tropa que mandaba había sido elegida con esmero y compuesta de lo mejor que había en el cuerpo de ejército.

El frente izquierdo del cuerpo estaba formado por cuatro compañías del Royal Wessex y el derecho por otras cuatro del Royal Malloys. En cada ala, el resto de ambos regimientos, marchaba en columnas de compañía. Detrás iba un batallón de Guards a la derecha y otro de marina a la izquierda, y un batallón de fusileros formaba la retaguardia. Dos cañones de tiro rápido del Royal Artillery escoltaban a la columna, y una docena de marinos con chaquetones, acompañados por sus oficiales con blusa azul entallada, llevaban al frente sus cañones Gardner, que se paraban de cuando en cuando para vomitar sus terribles proyectiles sobre las banderas harapientas que flotaban por encima del precipicio. Húsares y lanceros verificaban reconocimientos, por entre la maleza sobre los flancos de la tropa y en medio del cuadro avanzaba el grupo compacto de camellos, con sus ojos húmedos, sus belfos desdeñosos, sus cabezas extrañas que formaban contraste con los heridos que empezaban a llenar las camillas con que aquéllos iban cargados.

La columna marchaba lentamente siguiendo una línea paralela a la cresta de las rocas, deteniéndose a cada momento para recoger los heridos y para permitir a los cañones Gardner y de tiro rápido producir sus efectos. Los hom-